

CAPÍTULO V

La impopularidad parlamentaria y las promesas.

Érase al principio de la Revolución francesa; la costumbre de deshacerse de sus contradictores cortándoles la cabeza no se había establecido todavía regularmente. El dulce Saint-Just acechaba la cabeza de Camilo Desmoulins, pero no había conseguido todavía hacérsela suprimir. Aprovechando un descanso, que debía ser muy corto, el célebre polemista escribía con febril actividad sus últimas reflexiones. Aparecieron en un pequeño periódico llamado *Le Vieux Cordelier*.

Seguramente no habréis leído nunca esta hoja venerable, y lo mismo me sucedía á mí hasta el día reciente en que el azar puso ante mis ojos el número del «20 de frimario del año II de la república una é indivisible».

Su instructiva lectura prueba, al que hubiera podido olvidarlo, que desde el principio de la Revolución, el método de las promesas, ese azote de las democracias, estaba en boga. Camilo Desmoulins se lamenta de ello é indica los medios de combatirlo recordando una antigua historia romana.

En aquel tiempo—dice el célebre polemista—vivía en Roma cierto diputado colectivista llamado Graco, que se había hecho muy peligroso porque ofrecía á los obreros muchas cosas irrealizables.

Estas promesas le hacían muy popular, pero despopularizaban al mismo tiempo al Senado. Inquieta de sus maniobras, la ilustre asamblea acordó tomar á sueldo á un anarquista llamado Druso, encargado de mejorar todas las promesas de Graco. Si este último pedía que se vendiese el pan al pueblo á cuatro denarios la libra, Druso proponía que se diera por dos, y así con todo. En poco tiempo, Graco perdió su popularidad, hasta el extremo de que sus antiguos adoradores acabaron con él, con gran satisfacción del Senado. Sus contemporáneos lamentaron poco su muerte, y la posteridad menos.

Éste es el sentido general de la historia, tomada por *Le Vieux Cordelier* de los autores latinos. El apólogo del célebre polemista no fué comprendido y bajo la influencia de las promesas diarias, la República descendió rápidamente la pendiente de las violencias, de la anarquía y de las medidas arbitrarias que la condujeron á la dictadura.

Ciertamente, la puja constituye, en apariencia á lo menos, un medio bastante seguro de vencer á los rivales, sobre todo si estos últimos tienen algunos escrúpulos y desde el primer golpe no van bastante lejos. Es indudable que el diputado socialista que prometía 6.000 francos de renta á cada uno de sus electores, en el caso de que triunfara su partido, á cambio de una hora de trabajo diaria, no debía temer mucho las pujas. Tan fácil hubiera sido prometer á cada elector 12.000 francos de renta y un automóvil guiado por un burgués encadenado sobre el pescante; pero en materia de promesas, si es recomendable llegar á los límites extremos de lo verosímil, es peligroso pasarlos demasiado.

Siendo muy cómodo el método de las promesas,

ciertos políticos han tomado la costumbre de usar de él en gran escala. Pero hoy día son origen de graves inconvenientes.

Prometer no es difícil, pero cumplir las promesas lo es siempre. Sin duda, se puede aplazar algún tiempo la realización de las promesas, invocando la oposición de los partidos; pero llega un momento en que el elector acaba por convencerse de que se le ha engañado. Entonces pierde sus ilusiones, y las ilusiones son cosas muy preciosas para resignarse á perderlas sin cólera. Hoy día, gracias á sus promesas, muchos parlamentarios están rodeados de una impopularidad que aumenta de día en día.

Ciertamente que estos legisladores no han dado pruebas de falta de celo, pero nadie es capaz de crear lo imposible. Ahora bien, lo que habían prometido era precisamente imposible. Estrellándose contra necesidades naturales, las leyes dictadas no han hecho á veces más que acentuar los males que pretendían curar. De puja en puja, el Parlamento había votado retiros obreros que hubieran costado anualmente 800 millones y retiros para los ferroviarios que exigían 200, etc.; pero los mismos interesados, comprendiendo lo absurdo de estas votaciones, dejaron al Senado que estableciera cifras verosímiles.

Engañado, primeramente, con magníficas promesas, el pueblo ha llegado á advertir que los únicos conflictos que preocupan á los directores son los de interés personal y que su moral tiende siempre á su medro propio. Vió á los candidatos, tan humildes cuando solicitaban los votos, volverse tírnicos con los débiles y faltos de convicción para retroceder ante los más irrealizables programas ó las más absurdas promesas.

Hoy día el diputado es á la vez el esclavo de su distrito y el tirano de aquellos cuyos votos no puede conseguir. Está obligado á servir siempre las necesidades y los odios de sus electores influyentes.

Su existencia es, en realidad, poco envidiable, como se deduce del siguiente cuadro trazado por M. Raymond Poincaré, de la vida de un notario de provincias, que llegó á diputado y después á ministro.

Estaba lleno de ilusiones, y poco tardó en perderlas. Tuvo primeramente que sufrir la promiscuidad de la junta electoral y sus exigencias. Una vez elegido, trató de ser independiente, y se le hizo comprender que eso no era posible. Tuvo que afiliarse á un grupo. ¿No le obligaban á ello las cartas que recibía pidiendo condecoraciones, socorros ó empleos?

Más tarde fué ministro. Apenas tomó posesión, su despacho se vió invadido por una multitud de jóvenes ambiciosos que deseaban un nombramiento. Al principio se resistió, pero no tardó en sucumbir nombrándoles jefes, subjefes, jefes adjuntos y agregados de su ministerio.

Quiso gobernar, pero las sesiones del Consejo de ministros le disuadieron pronto de ello. Ante todo, había que vivir, durar, evitar los asuntos espinosos. Naturalmente, cayó, y cansado, disgustado, volvió discretamente á su pequeña ciudad y á sus campos.

Algunos de los diputados tienen ciertamente buena voluntad, pero reunidos en grupo no pueden nada. Un diputado de la izquierda, M. Labori, que ha renunciado su representación, describe muy bien esta impotencia en las siguientes líneas:

La iniciativa parlamentaria es casi nula en todo lo que se refiere á los intereses generales.

El trabajo parlamentario se hace sin regla, sin orden,

sin sinceridad. La inspección parlamentaria es imposible. Los diputados están subordinados á los ministros, de los que necesitan continuamente para asegurar á sus electores la justicia, que, en el estado en que se hallan nuestras costumbres políticas, ha llegado á ser un favor.

El Parlamento y el gobierno reunidos se balancean entre las exigencias de una democracia cada día más imperiosa y las de una oligarquía financiera que defiende sus intereses y no los del Estado. De este modo, la vida política es un perpetuo compromiso entre dos potencias de promesas y de corrupción: la demagogia y el dinero.

El Congreso vota las leyes conforme á los intereses del momento. Cuatro años de práctica me han enseñado que en el Parlamento los hombres de buena voluntad y de pensamientos rectos se agotan en vanos esfuerzos.

* *

El uso de las promesas es una de las principales causas de la antipatía creciente que muchos ciudadanos manifiestan contra el Parlamento, como demostraremos en seguida. Examinemos primeramente los métodos gubernamentales que esa antipatía engendra.

La costumbre de las promesas hace naturalmente muy obedientes á los políticos ante las amenazas. Se cede por temor de ver ceder á los compañeros. Ahora bien, sólo entre la clase obrera se oyen terribles amenazas. Para ella principalmente ha legislado el Parlamento, acumulando las leyes sociales sin preocuparse de sus repercusiones, y sin suponer que con esa legislación no se conseguiría sino avivar odios.

En efecto, esas terribles leyes sociales han sembrado por doquier la discordia, gravando pesadamente nuestra hacienda y molestando singularmen-

te á nuestra industria. El director de una de nuestras principales Compañías de navegación escribía recientemente que estas leyes eran una de las causas de la triste decadencia de nuestra marina mercante. Limitan gradualmente el porvenir de nuestras empresas industriales obligando á los patronos á suprimir de hecho el aprendizaje, arrojando así al arroyo á millares de niños, muchos de los cuales han llegado á ser peligrosos criminales. La beneficencia á los ancianos sólo ha servido para dar más de 90 millones anuales á los electores influyentes, como lo han probado recientemente informes oficiales. Añádase á eso los 100 millones entregados á los destiladores, más los cientos de millones que costarán los retiros obreros votados por el Parlamento, y se tendrá una idea del peso que arrojan sobre el presupuesto y sobre la industria las promesas del interés individual impulsado por el miedo.

Naturalmente, el legislador se preocupa muy poco de las consecuencias de estas leyes, de las cuales la más anodina en apariencia cuesta, sin embargo, muy cara. En el *Bulletin Officiel* del Ayuntamiento de París, del 2 de Abril de 1908, se puede leer el informe de un concejal que dice que el Ayuntamiento tenía que pagar á la Compañía que le suministraba el carbón un aumento anual de 600.000 francos, á consecuencia de las recientes leyes obreras.

Los ayuntamientos no tienen por qué quejarse, pues practican las promesas lo mismo que los políticos. Un periódico financiero, *Le Globe*, demostraba en su número del 19 de Agosto último que las pretendidas medidas humanitarias del Ayuntamiento de París habían costado á los accionistas de las diversas Compañías de tranvías parisienses más de 75 millones. Como estas Compañías se habían que-

dato sin capital y explotaban sin ninguna ganancia, no distribuían, naturalmente, ningún dividendo á sus accionistas. Los socialistas dirán que más vale así, pero no opinarán de la misma manera cuando la huelga fatal de los futuros accionistas obligue á los ayuntamientos á asegurar por sí mismos sus servicios, pues entonces serán todos los contribuyentes, incluso los socialistas, los que sufrirán las pérdidas. Cuando llegue ese día empezarán á comprender el valor de las leyes económicas.

De nada servirían las recriminaciones, puesto que las promesas, el humanitarismo y el miedo han llegado á ser nuestros guías. Tales calamidades aparecen frecuentemente en los pueblos sin estabilidad mental y amenazados de decadencia.

* * *

Fácilmente se conciben ahora las causas principales de la impopularidad del Parlamento. Ilusiones creadas por el abuso de las promesas; tentativas de realizar estas promesas imposibles, y por lo tanto desorden en el comercio, la industria y la hacienda: persecuciones de clases enteras de ciudadanos á costa de los cuales se ha querido ejecutar aquellas promesas; decepción de todos los creyentes en la omnipotencia del estatismo.

Sigamos ahora el desarrollo del antiparlamentarismo en las diversas clases sociales, y ocioso será decir la manera de pensar, en este respecto, del clero y de los católicos, es decir, de una parte importante de la nación. No es posible que gentes perseguidas, despojadas y oprimidas tengan simpatía á los que se declaran sus irreductibles enemigos. Por

lo tanto, animosidad cierta, y por otra parte, perfectamente justificada de esta clase.

La misma animosidad existe, aunque en este caso completamente injustificada, en los maestros y en numerosos empleados.

Á pesar de que ningún gobierno ha hecho tanto por los maestros como la República, ninguno tampoco ha sido tan impopular. La adhesión reciente de la Federación de los sindicatos de maestros á la Confederación revolucionaria del trabajo prueba claramente el espíritu que los anima.

En cuanto á los empleados propiamente dichos—unos 800.000—crece su hostilidad á medida que se satisfacen sus reivindicaciones, y si no se consigue dominarlos, no se sabe á dónde se llegará, no sólo por el aumento progresivo del presupuesto, sino por la pretensión de aquéllos de sustituir á los demás poderes formando pequeños estados en el Estado. Mientras el Gobierno satisfaga sus deseos, podrá contar con ellos; pero en cuanto eso le sea imposible, por falta de dinero, se alzarán contra él, como los carteros. Lo que los empleados piden ahora es «destruir el poder ministerial para repartirlo entre las mismas administraciones», es decir, el despotismo completo de la burocracia. Más valdría ciertamente un Heliogábalo ó un Tiberio, pues el poder de un tirano siempre es efímero y fácilmente derrocable, mientras que la tiranía anónima é indestructible de los burócratas nos dejaría sin ninguna esperanza de regeneración.

Sin embargo, estamos amenazados de terminar en esa tiranía. Desde hace cien años, ha habido en Francia muchos cambios de régimen, y han caído no pocos jefes de Estado y ministros, pero el poder de los empleados no ha sufrido el menor que-

branto. Á pesar de todas las catástrofes han ido consolidando su poder, y no está lejano el día en que serán definitivamente nuestros amos.

* *

Casi lo mismo que la clase de los maestros y los empleados, la de los obreros ha sido, desde hace veinte años, favorecida por los legisladores. Á pesar de ello, estos últimos no tienen peores adversarios. Este fenómeno es resultado de leyes invariables de la psicología popular: las multitudes sólo respetan á los gobiernos fuertes, y no agradecen, como he dicho ya, lo que consiguen por medio de amenazas. El desdén del débil ha sido siempre axiomático.

El antiparlamentarismo de los obreros en general, y particularmente de la Confederación general del trabajo, es indiscutible. Su odio contra los legisladores se dirige á todos los partidos, sobre todo á los socialistas. Solamente para los clericales manifiestan á veces alguna indulgencia, sin duda porque su mentalidad es muy parecida.

El obrero sueña ahora con una autocracia popular nueva, enfrente de la autocracia jacobina, y está persuadido de que, gracias á sus misteriosas aptitudes, el proletariado realizará lo que no ha podido realizar la burguesía: el bienestar universal.

La plebe, á fuerza de oír á los parlamentarios prometerle milagros, y proclamar todos los días que es el amo soberano de todas las cosas, investido de todos los derechos, sin ningún deber, y que no tiene más que querer para poder,—escribe M. Jules Roche—ha terminado por creer á sus cortesanos.

«¡Mueran los políticos! ¡Abajo la acción parlamentaria! ¡Viva la acción directa!» es hoy la divisa de los agitadores populares.

Sintiendo esta hostilidad creciente, los socialistas avanzados han tratado de disiparla por medio de promesas; pero no han conseguido más que fracasos y han llegado á no atreverse á presentarse en las grandes reuniones obreras. Cuando por casualidad tratan de insinuarse en ellas, se ven acogidos de la manera más insolente, como se podrá juzgar por los siguientes extractos de un acta publicada por *Le Temps* del 21 de Mayo de 1909:

M. Dejeante, diputado por París, trata de obtener el silencio, aconsejando á sus auditores la tranquilidad, pero sólo obtiene esta respuesta:

—¡Fuera, fuera el «quince mil!»

Todo el auditorio está de pie, ya en los bancos, ya en las mesas. Las interrupciones se cruzan:

—¡Fuera los espías!

—¡Mueran los diputados!

El tumulto se recrudece cuando M. Dejeante quiere reanudar su discurso.

—Soy un antiguo sindicado—dice.

—Y un «quince mil» también—le responde el grupo de los interruptores.

Nuevo tumulto. Como M. Dejeante quiere hablar á pesar de todo, los revolucionarios entonan «La Internacional», y M. Dejeante toma el partido de hacerles coro. El final de «La Internacional» es acogido con frenéticos aplausos. Después se levanta un anarquista á predicar el «sabotaje».

—Hemos oído hablar de revolución á gentes que se han hecho ricas á costa de ella, como podrán atestiguarlo los diputados que tienen la mesa bien servida, automóvil y lo demás. Nosotros no tenemos nada, ni lo tendremos nunca. Basta ya de discursos. Actos es lo que hace falta.

* *

Por razones muy diferentes, pero perfectamente justificadas, los industriales y los capitalistas, es decir, los verdaderos generadores de la riqueza nacional, no profesan la menor simpatía á los gobernantes. Estos últimos, no sólo no les han protegido contra el sabotaje sistemático, el incendio y las violencias de todas clases, sino que dificultan el desarrollo de sus industrias con las leyes sociales más vejatorias, esperando destruir sus fortunas por impuestos inquisitoriales, más vejatorios todavía.

Se cree que no se les debe tener ninguna consideración, porque, como dice M. Baudin, en su libro *La politique réaliste*, «las sociedades no están ya representadas por las clases superiores». Esto no es exacto sino en apariencia, pues en realidad, como lo he demostrado ya, nunca esas clases fueron tan necesarias como hoy día. Lejos de disminuir su importancia, aumentará sin cesar. Sin aquéllas no habría ciencia, ni industria, ni progreso material, y dominaría la baja decadencia socialista, caracterizada por la igualdad en la miseria y la servidumbre.

Así, pues, el parlamentarismo se ha creado enemigos numerosos y variados, atrayéndose la animadversión de todas las clases sociales. Una sola, la burguesía media, no le es hostil, sino sencillamente indiferente, inmensamente indiferente. M. d'Auriac, cuyos escritos he citado varias veces, dice con gran acierto lo siguiente:

Á la burguesía francesa, compuesta de elementos muy diversos, conmovida por diez revoluciones, le es completamente indiferente cualquier forma de gobierno.

No es realista, ni imperialista, ni republicana. Vota por la república, porque la república existe, y aquélla es conservadora, no de una forma de gobierno, sino de lo

que hay. Es fiel á aquel, sea el que quiera, que asegure la paz y tranquilidad. Al día siguiente de caer ya no le conoce, puesto que ya no puede servirle para nada.

Una de las causas más activas de la impopularidad parlamentaria es la tiranía verdaderamente odiosa que el diputado de provincias, obligado á sufrir todos los odios políticos de su distrito, hace pesar duramente sobre los ciudadanos que no pertenecen á su partido. En una interview publicada por *Le Journal*, M. Loubet, que fué diputado antes de ser presidente de la República, hizo sobre este asunto las siguientes declaraciones:

Es imposible conservar el escrutinio de distrito en el estado miserable en que ha caído, con las representaciones que ha dado y las que dará todavía. Es el colmo del rebajamiento. No se tiene idea en París de las costumbres que este sistema ha terminado por crear en las provincias, las tiranías que ha elevado, los procedimientos de opresión pública que ha consagrado. «El que no vota por mí es mi enemigo», tal es la fórmula. Poco importa que el granizo arrase la cosecha del adversario ó que su ganado sea víctima de la enfermedad. Habrá indemnizaciones para ciertos electores, y no para otros. Tanto peor para los que se arruinen; eso les enseñará á no pertenecer al partido contrario. En un país centralizado, como Francia, tales costumbres han podido durar mucho tiempo; pero han llegado á tal extremo que el instinto de justicia, tan vivo entre nosotros, terminará por rebelarse, y es muy peligroso exasperar en Francia el sentimiento de justicia.

Los hombres más ilustrados han llegado á formar del Congreso una idea poco favorable, como podrá juzgarse por el siguiente extracto de un manifiesto de la «Junta republicana de la República

proporcional». Está firmado por nombres de los más conocidos del Instituto, de la Sorbonne, de la industria y de la magistratura, tales como A. Carnot, Bouchard, Croiset, Dastre, Painlevé, J. Harmand, Diehl, F. Faure y unas cincuenta personas más, casi todas eminentes. En el fondo, este manifiesto demuestra que las clases superiores, al verse en demasía oprimidas, han terminado por sublevarse.

El uso del escrutinio de distrito ha perpetuado costumbres electorales y políticas intolerables. Tales son la candidatura oficial, la arbitrariedad en los actos administrativos y hasta en la aplicación de las leyes, el favor sustituido á la justicia, el desorden en los servicios públicos, el déficit en los presupuestos, donde los intereses privados y de favoritismo prevalecen sobre el interés general.

Hay que libertar á los diputados de la servidumbre que les obliga á satisfacer apetitos para conservar sus mandatos. Hay que poner más dignidad y más moral en el ejercicio del derecho de sufragio, y sustituir la lucha de las ideas á la competencia de las personas.

• •

¿Cómo, después de haber acumulado tantas enemigas en todas las clases, el régimen parlamentario puede subsistir todavía?

Dura aún, y probablemente durará mucho tiempo, gracias á la razón capital de ser casi el único gobierno posible para los pueblos civilizados, y precisamente por eso lo han adoptado todos. Ya tenga el régimen parlamentario á la cabeza un soberano hereditario, como en Inglaterra, Bélgica ó Italia, ó un jefe elegido, como en Francia y Améri-

ca, los Parlamentos son siempre los que legislan y los ministros los que gobiernan. Los últimos gobiernos autocráticos de Europa, Rusia y Turquía han tenido que aceptar el parlamentarismo, por no poder gobernar de otro modo.

Cuando un régimen es inevitable hay que aceptarlo, pero procurando mejorarlo. Se mejorará el régimen parlamentario adoptando una forma de elección de los diputados que les dé alguna independencia de sus electores. Se le mejorará por medio de medidas que ya he indicado contra el peligroso ejército de los empleados. Cuando estos últimos sean únicamente, como en la industria privada, auxiliares respecto de los cuales no se haya adquirido ningún compromiso al principio de su carrera, se considerarán como servidores fácilmente reemplazables y no volverán á erigirse en dueños imperiosos.

En fin, el régimen parlamentario mejorará, sobre todo cuando los gobernantes se decidan á dar pruebas de un poco de energía y no á pactar sin cesar con los revoltosos, so pretexto de tranquilizarlos. ¿Por qué, á pesar de tantos ejemplos, los políticos cuando llegan al poder no demuestran más que su debilidad constante, su afán inveterado por las amnistías que acrecen el ejército de los revoltosos, de los incendiarios y de los *saboteurs*?

Y como las amnistías son constantes, también lo son los motines. La estadística de éstos es cada día más desconsoladora. En 1907 hubo revueltas en dos departamentos del Mediodía y se amotinó un regimiento; en 1908 insurrección á mano armada en Dreveil; en 1909 huelgas de los empleados de Correos, de los inscritos marítimos, huelgas revolucionarias de Meruy de Mazamet, sabotajes varios,

empleo de la dinamita para volar naves; en 1910 nueva huelga de los inscritos de Marsella, etc.

Una tan manifiesta debilidad de nuestros gobernantes no puede durar siempre. Cuando la anarquía aumenta sin cesar y el partido del orden se debilita, termina por triunfar la anarquía.

CAPÍTULO VI

Los progresos del despotismo.

La evolución del colectivismo y del sindicalismo revolucionario hacia un despotismo absoluto es una de las características de la edad moderna. Un periódico de gran circulación citaba el ejemplo siguiente, elegido de entre mil:

Un caso verdaderamente odioso de tiranía sindicalista acaba de realizarse en Cette. Doce obreros se ven, por el sindicato, imposibilitados de trabajar, y por lo tanto de vivir, ya que estos obreros no tienen más que su trabajo. ¿Cuál ha sido su crimen? No haberse dejado embaucar, durante una reciente huelga, con la que no estaban conformes.

En ninguna parte la teoría sindicalista ha causado tantos estragos y producido tantas ruinas como en Cette, una desgraciada ciudad muy debilitada ya por la crisis económica. Los obreros de los docks, con sus pretensiones exorbitantes, con sus incesantes huelgas, han hecho todo lo posible por destruir lo que quedaba aún de vida en nuestro segundo puerto del Mediterráneo. La pobreza y la miseria aumentan; los muelles permanecen vacíos; apenas si de tarde en tarde se presenta un navío en el puerto.

No sólo en Cette ocurren semejantes casos; en todas partes pueden observarse otros iguales. Después de haber constituido una excepción, se con-